

The logo for the publisher 'bam bú' is located in the top right corner. It consists of the word 'bam' stacked above the word 'bú', both in a white, lowercase, sans-serif font, enclosed within a solid black circle.

bam
bú

MARISOL ORTIZ DE ZÁRATE

CANTAN LOS GALLOS

The book cover features a textured, painterly illustration. In the foreground, the back of a person's head with dark, wavy hair is visible, looking towards the right. The background is a landscape with a large, dark, gnarled tree branch extending from the top right. The sky and ground are rendered with intricate, cross-hatched and stippled textures in shades of green, grey, and white, with small red specks scattered throughout. The overall style is reminiscent of traditional folk art or a detailed woodcut print.

Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, S. A.

© 2011, Marisol Ortiz de Zárate

© 2011, Editorial Casals, S.A.

Tel. 902 107 007

www.editorialbambu.com

www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig

Ilustración de cubierta: Pere Ginard

Segunda edición: septiembre de 2012

ISBN: 978-84-8343-129-0

Depósito legal: M-756-2011

Printed in Spain

Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Uno: Melusiana

Capítulo 1.º	9
Capítulo 2.º	16
Capítulo 3.º	21
Capítulo 4.º	37

Dos: Albino

Capítulo 5.º	45
Capítulo 6.º	57
Capítulo 7.º	65

Tres: La Nena

Capítulo 8.º	75
Capítulo 9.º	84
Capítulo 10.º	92

Cuatro: Mirena

Capítulo 11.º	105
Capítulo 12.º	120

Cinco: Fapo

Capítulo 13.º	139
Capítulo 14.º	154
Capítulo 15.º	169
Capítulo 16.º	178
Capítulo 17.º	191
Capítulo 18.º	198
Capítulo 19.º	209
Capítulo 20.º	217
Capítulo 21.º	232
Capítulo 22.º	246

Capítulo 1.º

Melusiana y La Nena llevaban huyendo mucho tiempo. ¿Cuánto? La Nena no se acordaba. Haciendo un cálculo retrospectivo y en vista de su cansancio, ella pensaba que más o menos desde siempre. La realidad no era exactamente así, pero La Nena no tenía muchos años y sus recuerdos se agotaban pronto.

La huida había comenzado semanas atrás, o tal vez meses, cuando Melusiana tuvo que empezar a esconderse. Al principio tan solo fue eso, esconderse; hoy aquí, mañana allá; unas veces refugiada en alguna casa amiga, otras en los bosques tan conocidos por ellas, o en las grutas que se desperdigaban protectoras por las laderas de los altos montes pirenaicos de su bellísima Navarra. Algunas otras personas se escondían también. Eran por lo general asaltadores de caminos, estafadores, ladrones de ganado, y Melusiana, cuyo único delito era sanar cuerpos enfermos, tenía

que mezclarse con ellos. Cuando pasaba el peligro salía, regresaba con La Nena y reanudaban ambas la vida normal, aunque no por mucho tiempo.

Y cierto día, cansada de tanto ocultarse, Melusiana dijo «basta». Cargó un hatillo y dos alforjas con las pocas cosas que poseían y partieron rumbo al sur, donde se sintieran menos presionadas.

Ahora caminaban por tierras de Castilla. Para dejar Navarra atrás habían recorrido a pie toda su extensión, montañosa y agreste en el norte, donde las grandes masas forestales las cobijaron; más suavizada en el sur, comiendo a su paso hortalizas y frutos de su fértil huerta. Habían atravesado el río Ebro (frontera natural entre Navarra y Castilla) por uno de sus viejos puentes; habían cruzado sin apenas dificultad la línea de aduana que separaba ambos reinos y habían sorteado por los valles las empinadas montañas Ibéricas. Tras todo ello y exceptuando la aparición esporádica de suaves collados y lomas, los caminos se volvían planos y monótonos, transformando el paisaje por completo.

Anochecía y debían buscar un lugar donde dormir. La primavera continental, fría y seca, que dejaba atrás un crudo invierno, se colaba con sus agujas penetrantes por cada uno de sus poros, y después de haber caminado durante toda la jornada ya no notaban los pies.

Una pequeña caseta de madera y paja parecía abandonada allí, a lo lejos. Se acercaron. Podía ser un pajar, un silo o simplemente un establo, daba igual, porque al abrir la puerta comprobaron que estaba vacía. Además quedaba

lejos del pueblo al que pertenecía y Melusiana y La Nena se miraron esperanzadas; con un poco de suerte esa noche dormirían a cubierto, lo que no era precisamente habitual.

Melusiana y La Nena entraron. La ausencia casi total de agujeros o ventanas (salvo un pequeño orificio de ventilación y la reducida puerta), hizo que tuvieran que examinar el recinto casi a tientas. Nada había allí, o al menos nada con vida. Solo un fuerte olor a ganado impregnaba el ambiente haciéndolo espeso y fétido, y tal vez peligroso.

–No te quites el calzado –aconsejó Melusiana–, será más prudente dormir con él.

El *calzado* se componía de un gran número de tiras de paño anudadas alrededor de los pies y recubiertas por sencillas alpargatas de cáñamo trenzado.

–¿Por qué? –preguntó la niña–. ¿No estamos seguras? Melusiana olisqueó el aire con su olfato prodigioso.

–Puede que no, aquí han guardado ganado recientemente y en cualquier momento pueden volver. No me gustaría salir corriendo descalza. En cuanto se anuncie el sol, partiremos.

La mujer y la niña se acomodaron y comieron de las provisiones que guardaban en una de las alforjas: pan seco, queso rancio, agua de un pellejo. Qué rico sabía todo con hambre, ni siquiera molestaba el fuerte olor de la paja pisoteada y manchada de excrementos de animales. Luego La Nena se acurrucó en el suelo y recostó su cabeza sobre el estómago tibio de Melusiana. Los pies ya no le dolían, poco a poco habían entrado en calor.

Melusiana le deshizo las trenzas y mientras llegaba el sueño le acariciaba las crenchas onduladas de cabello. Era

cobrizo, salvo una mecha rubia que partía de la frente dibujando una pincelada de luz.

–Cántame esa canción para dormir que me cantabas de pequeña, Melusiana.

Melusiana tenía una voz áspera que, curiosamente, se suavizaba y dulcificaba cuando cantaba.

*Cantan los gallos,
yo no me duermo
ni tengo sueño...*

Melusiana repetía una y otra vez esta sencilla estrofa, cambiando en cada ocasión de tonadilla. Bien agudizaba las notas en ascendencia gradual, como agravaba la voz o estiraba las vocales dando a la canción cadencia de salmo.

Era excepcional que llegando a la segunda repetición La Nena aún se mantuviera despierta.

A la mañana siguiente, en cuanto el sol despuntó, reanudaron la marcha. Decidieron tomar una ancha cañada que discurría en muchos trechos paralela a un camino principal, lo más aconsejable para eludir salteadores. Y lo más cómodo también, teniendo en cuenta el carácter hospitalario de las gentes de aldea que transitaban las cañadas y que facilitaría que acaso algún alma caritativa se apiadara de dos mujeres caminando solas y les ofreciera viajar en carro.

–En unas pocas jornadas nos ponemos en Valladolid –dijo Melusiana escudriñando el horizonte–. Puedes creerme, ¡lo huelo!

La Nena se quejaba, protestaba, preguntaba a cada poco:
–¡Ay! ¿Cuánto queda para llegar?

Normalmente Melusiana contestaba: «Poco, mi niña, poco», pero ahora consultó su tosco mapa, elaborado por ella sobre un pergamino, seguramente con la ayuda de algún amigo aficionado a la cartografía.

–Apenas diez o doce leguas –resolvió al cabo de un rato.

La Nena calculó en silencio.

–Dos días de camino entonces.

–O tres, a más tardar. Depende de la marcha. –Luego se rascó aparatosamente la cabeza hurgando con sus dedos bajo la toca que, anudada alrededor de su cabello a la manera montañesa, le confería el distintivo, sin serlo, de una mujer casada–. Allí descansaremos en condiciones, hija. Nos lavaremos y despiojaremos a placer.

La Nena se rio de buena gana y como presa de contagio, se rascó ella también.

Melusiana y La Nena se dirigían a Cádiz, al sur. Allí no existía el invierno. Tampoco el viento gélido que arañaba la cara, ni la nieve (la horrible nieve) que ocultaba los caminos bajo su helado tapiz. Las mujeres vestían ropas multicolores de telas ligeras y además, en Cádiz, estaba el mar. Melusiana ya lo conocía. Una vez lo había visto, tan solo, y no era el mar de Cádiz, sino otro similar, pero no paraba de alentar los ánimos de La Nena hablándole de sus prodigios.

A menudo le decía:

–Cuando estemos en el mar, tiraremos esas viejas alpargatas que te aprietan y las olas te mojarán los pies. Has de

saber que allí las niñas van descalzas y llevan ajorquitas de oro reluciente en los tobillos.

O bien:

–En cuanto sientas la arena caliente, oye esto bien, pequeña, en cuanto la sientas en un primer contacto, el cielo bajará a tus pies y todos tus dolores desaparecerán porque ellos son producidos por este condenado frío montañero.

La Nena imaginaba Cádiz como un paraíso de luz y calor y no creía que hubiera nada en el mundo que fuera mejor que el mar.

Poco a poco se iban acercando a Valladolid y al hacerlo, extensos campos de cultivo, muchos en barbecho según el sistema de «año y vez», surgían junto a pastos y páramos de encinares. Cierto es que la cañada estaba resultando cómoda, ancha como era, y llana, muy llana. Sin embargo ningún carretero se dejó ver en el trayecto. Solo pastores de andar parsimonioso que con el cayado en la mano y la zamarra de piel sobre los hombros trashumaban con sus rebaños. Ocasionalmente se toparon también con algún peregrino que caminaba en dirección contraria, vía Burgos, para tomar allí la ruta de Santiago. Con los pastores se saludaban y a veces intercambiaban algunas palabras, siempre pocas, pues Melusiana era desconfiada por naturaleza y prefería el silencio que le garantizaba discreción e independencia, a una conversación, si no amiga, cuando menos entretenida.

La Nena en cambio odiaba la soledad, se le hacía dura e insoportable. Ella era alegre y comunicativa y siempre estaba dispuesta a entablar nuevas relaciones.

–No me gusta que hables con desconocidos, niña –la reprendía a menudo Melusiana–. Estamos viviendo situaciones inciertas y engañosas. La gente miente, falsea su identidad, disimula. Nunca sabes con quién te puedes topar.

La Nena rara vez se rebelaba.

–Sí, Melusiana.

–Y recuerda que nos persiguen; ea, no estamos aquí de feria.

–No, Melusiana.

–¿Te has olvidado ya de la Ludmila? ¿Y de la Micaela? Pobres. Buena tierra las cubra. Aunque ¿a qué sanadora no se le muere un enfermo? Pero me dijeron bruja y ahora tú y yo tenemos que escapar y que pagar por ello.

–Tienes razón, Melusiana, lo tendré en cuenta.

–Que nunca se te vaya esto de las mientes. Hay mucha gente ignorante, supersticiosa, y cuando el diablo no tiene nada que hacer, con el rabo mata moscas, así lo decía mi abuela. Y cuando estemos seguras en Cádiz y te asalte la tentación de intimar con mozos o mozas de la ralea que fueren, recuerda por qué huimos y todo lo que estamos pasando por huir; quizá así consigas mantener quieta la lengua.

La Nena sonrió, porque siempre le hacía gracia lo del diablo y el rabo y las moscas.

–Sí, sí, de acuerdo. Por la memoria de mis difuntos que no lo olvidaré.

–Bendita la tierra que los tapa –concluyó Melusiana con enorme seriedad, y dieron por finalizada la charla.

Capítulo 2.º

Melusiana había dicho «basta» dos o tres semanas atrás, cuando las graves acusaciones de sus vecinos se hicieron especialmente hostigadoras.

La cosa había sucedido así: con un intervalo de tiempo de tan solo tres días, dos mujeres habían muerto en sus manos, dos mujeres jóvenes y robustas, que aparentemente no presentaban peligro. Una de parto, la Ludmila; la Micaela de disentería. Se le fueron cuando intentaba ayudarlas con sus remedios de herbolaria, los únicos que conocía y con los que se ganaba la vida. No eran sus primeras defunciones ni hubieran sido las últimas entre una población insalubre con falta de higiene endémica, donde las personas y las bestias compartían suelo y respiraban aire común. Pero dos defunciones en tres días... Melusiana, además, no era demasiado popular entre sus vecinos, tenía fama de ocultista, de rara, y el pueblo entero la sentenció. La maldije-

ron, la llamaron bruja, inventaron algunas cosas sobre ella y exageraron otras, las calumnias corrían de boca en boca, crecían como la masa del pan, se multiplicaban. Aquello trascendió a la autoridad local, formada al fin por los propios vecinos del pueblo, y más tarde a la comarcal y a la de distrito; su mala fama traspasó fronteras. Fue por aquella época, por tanto, cuando Melusiana tuvo que empezar a esconderse, desaparecía durante los días que se presentaban peligrosos y La Nena la esperaba en la fría casa de piedra, con el miedo y la incomunicación como únicos compañeros. Sola. Aterida y sola. No encendía el fuego, no salía a la calle, apenas se alimentaba. Por eso Melusiana, cansada de tanto esconderse, cierto día dijo «basta».

Pero ahora de pie, mirando de frente la extensa y deforestada meseta castellana, se preguntaba si había hecho lo correcto arrastrando a la niña inocente con ella.

–Apura el paso hija, o no llegaremos nunca a Valladolid.

Melusiana y La Nena procuraban caminar juntas, al paso. Con frecuencia se enzarzaban en largas y sencillas conversaciones. Si la niña se rezagaba, la mujer le tendía una mano y cargaba con su alforja para aligerarle peso. Otras veces, para que La Nena se olvidara del cansancio, Melusiana le contaba historias, historias de sus antepasados o de los antepasados de otras personas, historias en las que la realidad y la imaginación tenían una presencia semejante.

–Cuéntame una historia, Melusiana –pedía la niña con voz apagada.

–Oh, sí, por supuesto. ¿Cuál quieres?

–Cualquiera. La que tú prefieras.

La mujer meditaba unos instantes, luego se aclaraba la voz y adoptaba pose de oradora. Muy a menudo contaba la historia de su abuela, egregia sanadora de fama reconocida en todo el valle e incluso en valles colindantes, que enseñó a Melusiana cuanto sabía del oficio de herbolaria. Y a la abuela se lo enseñó su propia abuela, y a esta la suya, y así sucesivamente a través de tantas generaciones alternas de antepasadas que heredaban el don de sanar y después, en contacto permanente con la naturaleza, los conocimientos necesarios para ello.

–Fui separada a los nueve años de mi madre y de mis seis hermanas –contaba Melusiana–, todas mujeres, y adiestrada en el arte de las sanadoras. Sí, ya sé lo que estás pensando, que si no sentí dolor al dejar a mi madre y a mis hermanas. La respuesta es no, querida niña, y no porque no las quisiera, sino porque mi futuro estaba marcado y designado desde mi nacimiento –y aquí, Melusiana, se ahuecaba como un pavo–. Sí, mi abuela fue mi maestra. ¡Y qué maestra! En cien años que viva no encontraré otra igual, ni tampoco una mujer de su talla. Cuando acudía a sanar siempre llevaba consigo una faltriquera de hule, muy desgastada, en la que guardaba algo misterioso. Olía a tierra, te lo aseguro, ya conoces mi olfato. Yo tenía prohibido tocarla. Y cuando le preguntaba por su contenido ella contestaba que no me lo podía decir porque aún no había llegado el tiempo de los legados. Pero vayamos a la historia. Veamos: corría el año... bueno, tú acababas de nacer, así que hace ahora doce años de eso. Sucedió que en el

valle vecino hubo por entonces un brote de tifus. Terrible, querida niña, brutal. Mi abuela fue allí, la reclamaron para sanar, su fama era muy grande. Yo no la acompañé porque tenía que cuidar de ti y era la primera vez desde que estaba con ella que mi abuela marchaba sola. También era la primera vez que se olvidaba la faltriquera en casa, nunca supe por qué. Estuvo varias semanas en el valle. El tifus se propagaba con rapidez alarmante y para colmo los niños venían al mundo sin parar. Mi abuela no daba abasto. Un día empezó a sentirse mal, con fuertes dolores de cabeza y fiebre. Estaba poniendo emplastos de flor de saúco a una enferma, para hacerla sudar como ya sabes, y los familiares de la casa, al notar su fatiga y los escalofríos, quisieron apartarla de allí para que descansara y se repusiera, pero ella respondió que de la cabecera de aquel lecho solo la sacaban con su trabajo terminado o muerta. A los pocos días apareció la erupción, se había contagiado. Me la devolvieron en un carro, casi inconsciente, no era ni la sombra de lo que fue. Venía a morir a casa. Pero tuvo tiempo de explicarme el misterio de la faltriquera: «Esta faltriquera guarda tierra de la sepultura de mi difunta abuela –me dijo con aquella voz extenuada que no logro olvidar–. Es un amuleto. Llevarla conmigo me ha evitado no pocos contagios. Ahora tú debes extender esta tierra sobre mí, cuando muera, para que mi espíritu se una al de mi abuela y me acompañe en el viaje final. Y a cambio llenarás la faltriquera con tierra de mi sepultura. Y darás orden de que hagan lo mismo a tu muerte. Será tu talismán. No lo olvides, tu talismán. Llévalo siempre contigo, te protegerá».

»Quise preguntarle por qué en el que fue su último trabajo no llevó la faltriquera, pero no dio tiempo, murió. Se me ocurren varias razones para justificar lo que hizo: que tuvo un despiste; que yo ya no estaba sola en la vida, pues te tenía a ti y por lo tanto no la necesitaba; o que se sentía mayor y muy cansada y quiso poner fin a su vida de manera digna. Cualquiera de estas repuestas puede valer. O ninguna. Mientras la enterraban yo te apretaba a ti contra mi cuerpo, y cegada por el llanto y la pena juré recordar siempre su memoria. No olvidé el ritual que me había encomendado y aunque lo hice a oscuras, muy de noche, acaso alguien me vio y eso engrosaría en buena medida mi ya funesta leyenda.

Melusiana siempre terminaba más o menos de la misma forma el relato, mostrando la faltriquera, y con frases casi idénticas que ella, además, sabía dramatizar.

La Nena se sorbió una lágrima. Una oscura historia, pero decididamente su historia predilecta.

Lejos aún, pero nítida y soberbia, se apreciaba la silueta de Valladolid.